

sierto en que se ocultaba, y puede decirse que la cristiandad entera fijó en él sus miradas. Consultado por reyes y papas que á él remitían la decision de sus mas arduos asuntos, vino á ser el alma de todos los consejos y de las mayores empresas de su tiempo. Él fué quien confundió los errores de Abelardo y de Gilberto de la Porrea, obispo de Poitiers; él quien predicó la segunda cruzada; él quien puso fin al cisma que dividia el Occidente; él quien defendió con no menos elocuencia que piedad las augustas prerogativas de la siempre Virgen María. Misionero á la par que hombre de Estado, recorrió en bien de la Iglesia y de los pueblos gran parte de Europa, predicando en Francia, en Italia y en Alemania; y por sus obras, su elocuencia, su celo y sus virtudes, fué llamado el último de los santos Padres de la Iglesia. Por fin, colmado de méritos, este gran milagrero murió en Claraval á los sesenta y tres años de edad, queriendo ser enterrado al pié del altar de la Virgen, cuyo tiernísimo devoto fué toda la vida, y el día 20 de agosto de 1153 el cielo contó un nuevo morador.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber atendido con tal ahinco aun á las necesidades temporales de vuestros hijos. Concedednos la caridad de los hospitalarios de san Lázaro, y la devocion de san Bernardo á María santísima.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré cada día el ACORDAOS por los enfermos.

to quepa apeteecer de mas piadoso acerca el misterio de la Encarnacion y de María santísima;

2.º Su libro de la *Consideracion*, dirigido al papa Eugenio, que fué discípulo suyo, expositivo de todos los deberes propios de los superiores eclesiásticos. Igual es el concepto del tratado sobre los *Deberes de los Obispos*;

3.º Sermonario para todo el año.

«El discurso de san Bernardo, dice Sixto de Siena, rebose todo fuego y dulzura, y á un tiempo abrasa y encanta: su lengua es como un manantial del que brota siempre leche y miel, y su corazon como un horno del cual salen ardientes afectos que inflaman á los lectores.» La edicion mejor de las obras de san Bernardo es la de D. Mabillon, París, 1690, fielmente reproducida por los hermanos Gaume en 1840.

LECCION XXXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XII).

La Iglesia atacada: herejías y escándalos; — consolada y defendida: Órdenes contemplativas; conversion de la Pomerania; — amenazada por el lado del Norte: prusianos; — defendida: Caballeros teutónicos; — por el lado del Mediodía: árabes; — defendida: Órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Avis; — alligada: esclavos en África; — consolada: Órdenes de la Redencion; san Juan de Mata.

El demonio, envidioso de la suerte de la Iglesia, suscitó en el siglo XII gran número de sectarios, los que por medio de sus errores y prácticas supersticiosas y ridículas tendían á desfigurar la hermosura de la Religión, alterar la fe y desvanecer el espíritu del Evangelio. Á esas obras de tinieblas opuso Dios obras de luz, cuales fueron las Órdenes religiosas contemplativas. Éstas, al mismo tiempo que purgaban el escándalo y el desórden, consecuencia del error y la supersticion, perpetuaban en su pureza el verdadero espíritu de los primitivos cristianos, salvando á la sociedad con la conservacion inmutable de las santas prácticas evangélicas, pues sus monasterios fueron otras tantas escuelas donde se encontraban las verdaderas condiciones de la piedad católica, y el modo como Dios gusta ser honrado. La mas célebre de estas congregaciones fué la de Fontevrault, planteada por el beato Roberto de Arbricelles, en cuya casa se criaron por mucho tiempo las hijas de los reyes de Francia <sup>1</sup>.

No solamente consoló Dios á la Iglesia conservándole en los monasterios gran número de hijos dignos de tan digna Madre, sino que le dió otros en sustitucion de los que el error le arrebatava. Trasladémonos á Alemania, donde siguiendo las pisadas de un ardiente misionero presenciaremos la conquista de un nuevo pueblo.

Vivia por entonces san Oton, obispo de Bamberg en Franconia, prelado recomendable á la par por su capacidad, elocuencia y celo

<sup>1</sup> Helyot, t. II, pág. 160, t. VI.

en pro de las almas: Boleslao, duque de Polonia, habiendo conquistado una gran provincia del Norte, la Pomerania, rogó á este Santo que pasara á instruir en las verdades del Cristianismo á los idólatras de aquel país. Oton acepta con solicitud, y acompañado de varios obreros evangélicos cruza la Polonia y la Prusia, y despues de hartas fatigas llega á Pomerania. En el año 1120 el jefe de este país recibe el Bautismo junto con la mayor parte de sus vasallos; los desvelos del santo Obispo reciben su premio, y conversiones innumerables son el interesante fruto de su celo. Bien pronto erige iglesias, instituye sacerdotes, y provee con sabiduría á las diferentes necesidades de los recién convertidos.<sup>1</sup>

Quedaba aun por cristianizar en el Norte otra nación recién aparecida, la de los prusianos, si bien la hora de la gracia aun no había llegado para ella; y entre tanto Dios cuidó de poner la Iglesia á cubierto de este pueblo feroz, colocando en las fronteras como antemural una nueva Orden religioso-militar, que se llamó teutónica ó de nuestra Señora de los Alemanes, y llegó á ser una de las más poderosas que en el mundo hayan existido, poseyendo con el tiempo en plena soberanía la Prusia real y ducal, la Livonia y los ducados de Curlandia y Semigal que abarcan dilatados territorios.

Su origen se parece al de los caballeros de san Juan de Jerusalem: cuando las Cruzadas, juntáronse en Oriente algunos nobles alemanes en cuerpos religiosos para defensa de los cristianos y alivio de los enfermos; y habiendo pasado á Occidente, situáronse en las fronteras del Norte representando la civilización armada contra los desafueros de la barbarie. Sus votos eran iguales á los de los Sanjuanistas; su alimento cotidiano se reducía á pan y agua; por lecho les bastaba un mal jergon, y su traje consistía en manto azul adornado con una cruz blanca sobre el hombro izquierdo: era preciso ser alemán indígena para ingresar en la Orden teutónica. Estos héroes, verdaderamente dignos de tal nombre, fueron por mucho tiempo el baluarte de la cristiandad en la raya septentrional, y gracias á su bizarría, los prusianos, pueblo feroz que recordaba toda la barbarie de los normandos y húngaros, fueron arrollados y puestos en la imposibilidad de dañar á la Iglesia.<sup>2</sup>

Así, mientras en Oriente los caballeros de san Juan y de san Lá-

<sup>1</sup> Bolando, t. I *Julii*, pag. 349.

<sup>2</sup> Helyot, t. III, pág. 147.

zaro protegían á la cristiandad, defendíanla en el Norte, los caballeros teutónicos, faltando solo extender esta muralla viviente hácia el Mediodía para que la Iglesia estuviese rodeada como de una fortaleza, ya que al Occidente le servía de tutela el Océano. Este reparo que faltaba, el Pastor divino procuró levantarlo á fin de que sus queridas ovejas pudiesen descansar en paz.

Dueños del África y de gran parte de España, los árabes hacían frecuentes incursiones á los países cristianos, y precisamente cansados los reyes se veían incapaces de contenerles. Dios levantó en España y Portugal tres Órdenes religioso-militares que fueron el terror de los infieles y el baluarte de la Iglesia por aquel lado. Llamáronse estas Órdenes en España de Calatrava y Alcántara, y en Portugal de Avis, y sus reglamentos venían á ser análogos á los de su clase. La de Calatrava tomó origen de una circunstancia memorable: los moros habiendo juntado numerosa hueste se disponían á asaltar á Calatrava, una de las plazas más fuertes y resistentes de España; entonces D. Sancho, rey de Castilla, mandó echar pregones de que si algún señor quería defender la ciudad, se la daría en juro, con facultad de transmitirla á sus herederos; y como nadie osara presentarse, tal era el asombro que en los más briosos pechos causaba el formidable poder de la morisma, un religioso cisterciense, de la abadía de nuestra Señora de Fitero en el reino de Navarra, tuvo valor de sobreponerse á la consternación general, ofreciéndose al Rey para la defensa de la plaza. Al principio se le llamó loco, pero el Rey aceptó su oferta y prometió dar Calatrava á la Orden cisterciense si la salvaba de los infieles. El religioso sin perder momento, con licencia del Rey y del arzobispo de Toledo, organizó una Orden de caballeros militares, para la cual se ofrecieron muchos señores, y poniéndose á su cabeza, el año 1158 entró en Calatrava, cuyas fortificaciones mandó reparar, y hecha buena provision de vituallas y bastimentos, con su solo nombre, su destreza y su actividad prodigiosa puso temor en los infieles, los que no atreviéndose siquiera á formalizar el sitio se retiraron.

Esta nueva Orden, bautizada con el nombre de la ciudad, fué por espacio de algunos siglos, junto con la de Alcántara, el paladion de la España: los caballeros vestían túnica corta, para poder cabalgar desembarazadamente, mantos-pellizas, y por encima un escapulario con cruz roja flordelizada; sus armas, excepto la espada

y las espuelas, no tenían dorado ni realce alguno. Dormían vestidos, para estar siempre prontos á combatir; en tiempo de paz madrugaban para rezar y oír misa, ayunaban los viernes, comían en refectorio, guardando silencio durante la comida, y hospedaban á los peregrinos. Doquiera en la edad media vemos el espíritu religioso amalgamado con el guerrero, espíritu que produjo héroes cuales no los tuvo el Paganismo jamás y cuales no los crea ya la impiedad. Llانةza y arrojo, bondad y fuerza, hidalguía, delicadeza y generosidad, tales eran sus caracteres distintivos.

Las Órdenes militares de Calatrava y Alcántara en España, á las que debemos añadir la de Santiago de la Espada, votaban defender la Inmaculada Concepcion de María santísima; pero queriendo que su profesion fuese mas solemne, dispusieron celebrar novenarios en tres distintas iglesias de Madrid, suntuosamente decoradas, celebrándose cada día una misa solemne y sermón sobre la Concepcion; y al objeto de que estas funciones no se perjudicaran unas á otras, fueron celebradas sucesivamente, asistiendo á todas los caballeros en el traje de su Orden. El último día, despues de entonado el Evangelio, en medio del general silencio adelantóse un caballero de cada Orden á formular en alta voz su voto en nombre de la misma, en estos términos: *Yo, fulano de tal, hago voto de sostener, defender y guardar pública y privadamente la creencia de que María santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, fué concebida sin mancha de pecado original.* Despues de ellos, sus compañeros de armas, extendidas las manos sobre la cruz y los sagrados Evangelios en presencia del celebrante, pronunciaron idéntica fórmula. La piedad con respecto á Dios y singularmente la devocion á María son las fuentes de la caridad entre los hombres; júzguese, pues ¡qué dulce fraternidad reinaria entre aquellos arrogantes caballeros! Bastará, en prueba, recordar una tiernísima usanza: cuando fallecia algún caballero, el comendador mas próximo á la vivienda del difunto estaba obligado, á mas del rezo ordinario, á alimentar á un pobre por espacio de cuarenta días en sufragio de su alma: ¡á ver quién encuentra fuera de la Iglesia una cosa parecida!

Á pesar de la intrepidez y activa vigilancia de los religiosos guerreros, sucedia á las veces que los lobos rapaces, esto es, los árabes que vagaban en torno del redil de Jesucristo, penetraban en su recinto y se apoderaban de algunas reses: especialmente los moros africanos, tripulando naves ligeras salteaban de improviso algún

punto de las costas de Italia, Francia ó España, y haciendo presa en los pueblos costaneros, saqueaban las casas, cautivaban las personas, y llevándoselas en sus naves las reducian á esclavitud. El trato que en África les daban no puede explicarse sino comprendiendo toda la ojeriza que tenían á los cristianos, ojeriza atroz, inveterada, que el roce con los pueblos civilizados por varios siglos apenas ha endulzado, y que seria horrenda en el siglo XII, cuando los musulmanes se hallaban en toda la pujanza de su poderio y fanatismo, á juzgar por lo que en nuestros días sucedió á un esclavo cristiano, libertado en el año 1816, el cual refiere las torturas padecidas durante treinta años de cautiverio en estos términos:

«Habiendo naufragado en la costa de África el buque en que yo iba, apoderáronse de nosotros los kubailas ó kabilas, feroz tribu que mora en las cercanías de Oran. Cruzados los brazos nos ataron á la cola de sus caballos, y cayendo y tropezando algunos de fatiga y debilidad, fuimos llevados á presencia de su jefe, el cual paga doscientos reales por cada cristiano que le presentan. Los árabes, sin embargo, aunque aman mucho el dinero, á veces prefieren matar á los que no son de su religion, creyendo firmemente con este acto de barbarie hacerse agradables á Mahoma. Ocho noches seguidas duró nuestra marcha, al cabo de las cuales llegamos al monte Félix: yo estaba estropeado, habiéndoseme hinchado la barriga de una manera horrorosa, y mis camaradas no se hallaban en mejor estado, de suerte que tres de ellos murieron á poco de nuestra llegada. Quitáronnos los vestidos que traíamos puestos, sustituyéndolos con una especie de zamarrines, y para recreo nos ataron de dos en dos á una gruesa cadena larga de diez piés que pesaba sesenta libras.

«Cargados así de hierro condujéronnos al presidio: es este un edificio prolongadísimo, parecido á un grande establo, en el cual se guardan regularmente unos dos mil esclavos, aunque puede contener quinientos mas; las paredes tienen cuarenta piés de elevacion y ocho de grueso, y el techo, semejante á los nuestros y compuesto de planchas cortadas á guisa de pizarras, es bajo comparado con la extension del edificio. Por toda luz tiene algunas rejillas salteadas con fuertes barrotes, al través de las cuales veíamos asomar por las noches fieras alimañas al olor de la carne humana, que les sabe de perlas, y que demostraban su apetito con gruñidos espantosos, capaces de hacer erizar los cabellos al mas valiente. En

«cima de las murallas que forman azotea, álzanse cincuenta ó se-  
«senta garitas donde hay unos vigilantes armados hasta las uñas,  
«que sin descuidarse atisban el menor ruido para aquietar á los es-  
«clavos disparándoles sus arcabuces cargados de sal gruesa, y su voz  
«de alerta es: ¡Cuidado con los cristianos! Por fin, á lo largo del  
«piso, que forma declive por ambos lados, corre un arroyo ancho  
«de dos piés para quitar las inmundicias.

«En este lugar horrendo nos alojaron, sujetando nuestra cadena  
«con un cerrojo por el centro á una argolla que habia en la pared  
«á tres piés del suelo; para acostarnos nos concedieron un poco de  
«paja y una piedra por cabezal, con ámplia facultad de dormir si  
«queríamos y podíamos, lo que no era fácil á causa de los puñados  
«de chinches que nos caian encima y sobre los que nos revolcába-  
«mos despertando con sobresalto, de suerte que cuando por la ma-  
«ñana nos mirábamos mi compañero y yo, veíamos nuestrás carnes  
«cubiertas de pústulas y de una sangre negruzca; pero júzguese  
«cuál seria nuestro asombro viéndonos tambien rodeados de dos mil  
«hombres casi desnudos, puestos á dos hileras, con luengas barbas,  
«y los mas bebiendo agua en cráneos humanos á falta de vaso. Á  
«pesar de lo dolorido y quebrantado que me hallaba, fué preciso á  
«las seis de la mañana levantarme como los demás para ir á traba-  
«jar, arrastrando la cadena y recogiendo de paso, porque nos las  
«arrojaban como á perros, tres mazorcas de maíz, las cuales ser-  
«vian á la vez de almuerzo, comida y cena. Despues de tirar todo  
«el dia de un arado con otros doce esclavos, al caer la noche fui  
«llevado otra vez á mi encierro, no solo abrumado de fatiga sino  
«magullado á palos, que se me prodigaron para acostumbrarme al  
«régimen de los guardas, los cuales nunca hablan á los esclavos con  
«otras insinuaciones. Si alguno queda inútil por viejo, lo despachan  
«de un arcabuzazo, y si jóven empieza á adolecer sin esperanza  
«de curacion, lo echan fuera, donde al punto es devorado por los  
«leones, tigres, panteras ó leopardos que andan al rededor aguar-  
«dando su presa, y que se la disputan cuando la alcanzan moviéndo  
«una algazara muy divertida para los árabes, los cuales sueltan la  
«carcajada diciendo: *Miren el cristiano, poco debe de conocerle su  
«Dios cuando así permite que sea devorado.*

«El cráneo de los que mueren á tiros es el que suele servir de  
«copa á los demás; así murió uno de mis compañeros que cayó en-  
«fermo, y su colodrillo me sirvió catorce años. Casi todos nos le-

«vantábamos á las dos de la madrugada para evitar los palos que  
«siempre llegaban harto aprisa, y unos nos ocupábamos en cortar  
«leña, otros en barbechar terruños, y algunos en arrastrar el arado.  
«Yo solia ir á cavar á cinco leguas de distancia del presidio, y allí  
«doce ó catorce esclavos uncidos con correas al mástil de un arado  
«tiraban de él, dirigidos por dos de sus compañeros<sup>1</sup>.

Sin embargo, la persecucion mas terrible no era aquella que tor-  
turaba ó mataba al cuerpo, sino la que se dirigia á matar el alma  
arrebatándole la fe; y esto los sarracenos lo procuraban por cual-  
quier medio. En vano los malhadados cautivos tendian una mano  
suplicante á sus hermanos de Europa: ó no se oian sus clamores, ó  
nadie era bastante rico, fuerte y valeroso para volar á libertarles;  
mas lo que nadie acertó á ver, lo vió la Religion, y lo que nadie  
supo intentar, su corazon maternal lo llevó á cabo.

Un infante acababa de nacer en la oscura aldehuela de Faucon,  
hácia los confines de la Provenza: era el dia 24 de junio de 1160.  
Oriundo de la ilustre familia de Mata, recibió el nombre de Juan,  
en obsequio al Santo del dia: apenas dejada la cuna, ya desprecio  
los juegos de la niñez. Á doce años pasó á Aix, capital de Proven-  
za, para cursar humanidades, y dedicóse á los ejercicios peculiares  
de la nobleza, y habiéndose trasladado á París distinguióse tanto  
en los estudios, que recibió el grado de doctor en teología. Habiendo  
abrazado despues el estado eclesiástico, bien pronto descolló en las  
virtudes que el Señor le reservara para aquel momento, con altas  
miras sobre su destino.

Juan de Mata, ordenado sacerdote, escogió para celebrar su pri-  
mera misa la capilla de Mauricio de Sully, obispo de Paris. Que-  
riendo el Prelado asistir á ella, en compañía de los abades de San  
Victor y Santa Genoveva, y del rector de la Universidad, pudieron  
presenciar el milagro que aconteció, y fué, que al alzar el nuevo  
celebrante la sagrada hostia, se apareció en la cúspide del altar un  
Ángel en figura de mancebo vestido de blanco con una cruz encar-  
nada y azul en el pecho, teniendo las manos cruzadas y puestas en-  
cima de dos cautivos como en ademan de cambiar uno por otro. El  
Obispo y los demás presentes conferenciaron sobre esta vision, y no  
acertando á deslindarla, determinaron que Juan, llevando las au-

<sup>1</sup> Historia de la esclavitud en África. Véase tambien Cinco meses de servidum-  
bre bajo Abd-el-Kader, por Mr. de France, 1837.

ténticas de ella, pasase á Roma á informar al Padre Santo y á saber de sus labios lo que convenia hacer.

Obedeció el Santo, bien que haciendo violencia á su humildad, y en compañía de un buen ermitaño, llamado Félix de Valois, tomó la via de Roma. Acababa entonces de subir al trono pontificio uno de los Papas mas egregios que la Iglesia haya tenido, Inocencio III, el cual recibió á nuestros viajeros con suma bondad, y conocido por su relato y por las misivas del Obispo parisiense el motivo de su viaje, convocó á los cardenales y á algunos obispos en San Juan de Letran para oír su dictámen, decretando al propio tiempo ayunos y solemnes rogativas al objeto de lograr de Dios una declaracion perfecta, y al propio fin mandó invitar á todos los prelados para la misa que él queria celebrar el dia siguiente.

Dirigese á la iglesia acompañado de toda la clerecía y de nuestros dos viajeros para celebrar el augusto misterio: durante él, al elevar la sagrada hostia y mostrarla al pueblo, la misma vision del Ángel se reproduce en iguales términos que en París, á presencia de la ilustre asamblea. Entonces el Papa, no pudiendo ya dudar que Juan de Mata y Félix de Valois son inspirados de Dios, les permite establecer en la Iglesia una nueva Orden religiosa, cuyo objeto principal será procurar la redencion de cautivos que gimen bajo la tiranía de los infieles. Al efecto, el dia 2 de febrero siguiente, fiesta de la Purificacion de la Virgen, les vistió por sus manos el hábito, que quiso se compusiera de los mismos colores observados en el Ángel, á saber, sayal blanco con una cruz roja y azul en medio del pecho; y dióle el nombre de la santísima Trinidad, que suele promiscuarse con el de *Redencion de cautivos*, en atencion al objeto para que fué establecida esta Orden.

Llenos de bendiciones apostólicas y provistos de lisonjeras misivas, regresan los nuevos Fundadores á Francia, donde no tarda en labrarseles un monasterio hácia los confines de la Brie y el Valois en el lugar llamado Cerfroy, el cual viene á ser la matriz de la Orden; Juan de Mata, viéndola establecida, pone manos á la obra, recoge cuantiosas limosnas, y rico con las dádivas de la caridad envía á África dos de sus religiosos para rescatar á los pobres cautivos cristianos. ¡Qué pensarían los bárbaros viendo llegar al través de mares y tormentas á aquellos dos hombres solos, indefensos, que besaban humildes las cadenas de sus hermanos, aguardando la hora de poderlas romper y arrojar el oro sin contarle al régulo codicioso,

solo para volver la libertad á unos desgraciados á quienes no habian visto en su vida!

Dios bendijo á los dos redentores, pues el año 1200 regresaron trayendo consigo ciento ochenta y seis redimidos. El mismo san Juan se trasladó á Tunez no sin pasar graves percances, pero al cabo logró venir seguido de ciento y veinte esclavos libertados por su diligencia. ¡Con qué ahinco en todas las costas del Mediterráneo se esperaba el regreso de la nave salvadora! Apenas se la señalaba á lo léjos, todo el pueblo acudia á la playa: hijos, esposas, madres, hermanos, todos palpitantes de emocion corrian á informarse de la suerte de un padre, de un marido, de un hijo, de lo que mas querian; y luego, ¡qué dulce espectáculo ver abrazar á los cautivos, regarse mutuamente con tiernas lágrimas, al mismo tiempo que el padre de la redencion, escabulléndose para evitar las bendiciones de la multitud se retiraba á pié ó montado en un pollino á al monasterio de su Orden mas inmediato, donde descansando solo el tiempo preciso, volvia á tomar su bordon y calabaza para emprender nueva excursion mendigando antes por todas las tierras de la cristiandad! Cuando ya habia reunido la suma necesaria, tomaba otra vez el derrotero de África, extraia victoriosamente nuevos cautivos despues de rotas sus cadenas, y concluida la expedicion, vuelta á mendigar para dar libertad á los que quedaban. Tal era, además de la oracion, el único empleo de su existencia.

San Juan de Mata, bendecido por cielos y tierra, falleció en Roma el año 1213<sup>o</sup>. Antes de su viaje á Tunez, habia recorrido la España exhortando á los fieles á compadecerse de sus hermanos cautivos y desamparados entre los bárbaros, siendo tal el fruto de sus discursos, que algunas mujeres virtuosas, en la imposibilidad de ir personalmente á rescatar cautivos, pidieron asociarse á los religiosos Trinitarios para ayudarles en su piadosa tarea, cuando no con otra cosa con sus oraciones: así vemos siempre en la Iglesia católica á Moisés orando en la cima del monte, mientras Israel combate en la llanura. San Juan de Mata accedió á la solicitud de aquellas buenas mujeres, y les hizo labrar un monasterio, donde se reunieron á hacer vida comun, confundiendo sus bienes para los fines de la redencion, y reservándose solo un escaso violario.

Por humildad estos religiosos no usaban otra cabalgadura.  
Helyot, t. II, pág. 320.

Al pensar en lo mucho que nuestros padres hicieron, ¿cómo consideraremos de alguna monta lo poco que hacemos nosotros? ¿Nada nos dicen tan hermosos ejemplos? Nada en verdad nos dirán, si tenemos un corazón rastrero y un espíritu limitado; porque solo los corazones nobles son capaces de emprender cosas grandes, al paso que solo los espíritus elevados son capaces de apreciarlas.

*Oracion.*

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber protegido oportunamente á la Iglesia contra los infieles, é inspirado á san Juan de Mata y á sus religiosos aquella ardorosa caridad tan necesaria para la redencion de los cautivos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *socorreré á los presos con mis limosnas ó con mis oraciones.*

LECCION XL.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLOS XI Y XII).

La Iglesia consolada: fundacion de la Orden hospitalaria del Espíritu Santo, del hospital de Albrac, de los religiosos pontifes ó pontoneros;—afligida y atacada: escándalos; errores de Arnaldo de Brescia;—consolada y defendida: nono y décimo concilios generales celebrados en San Juan de Letran;—atacada otra vez: herejía de los Valdenses;—defendida y consolada: undécimo concilio general de Letran; san Isidro, san Drogon; conversion de los rugiensis;—atacada: Albigenses y Beguardos.

En su maternal afán, la Iglesia, al mismo tiempo que armaba el brazo de los caballeros para guarecer á sus hijos contra los infieles, y hablaba al corazón de los religiosos Trinitarios para libertad á los cautivos, no se olvidaba de los que padecian en el interior mismo del redil. *Siempre tendréis pobres con vosotros*, decia el Salvador del mundo<sup>1</sup>, esto es una verdad; pero así como el Paganismo los dejaba perecer de hambre, la Religion los sustentaba y asistia con una magnificencia verdaderamente régia. En efecto, en el curso del siglo XII verémos elevarse como por ensalmo numerosos hospitales para aliviar las diferentes miserias del hombre, y enseñarle que ya no se hallaba bajo la afrentosa servidumbre del Paganismo, sino bajo la suave coyunda de la caridad.

Entre las Órdenes hospitalarias que aparecieron á la sazón, nombraremos la del Espíritu Santo, cuyo fundador fué Guy, señor de Montpellier. Propagóse con celebridad, y el papa Inocencio III erigió en Roma un hospital que puso bajo la direccion de la nueva Orden; monumento digno de Roma, del Vicario de Jesucristo, de la majestad y caridad de la Iglesia católica que merece ser conocido. Compónese de varios cuerpos de edificio, encerrando un salon tan anchuroso que puede contener hasta mil camas<sup>2</sup>, al lado del cual cor-

<sup>1</sup> Joan. XII, 8.

<sup>2</sup> Todas las estancias reunidas contienen actualmente 1,616 camas. Monseñor Morichini, *Institutos de caridad en Roma*, pág. 36, y las *Tres Romas*, I. II.